

rábano», con su variante: «No sólo le importa un rábano la Nova Cançó, sino también que le censuren una línea a Julián Marías». Otra: «Yo también he escrito mis canciones sociales. Pero nunca más, hijo mío, nunca más». Guillermina se dedica ahora a incordiar, simplemente a incordiar a la gente con canciones «3R», como la preciosa balada anónima del siglo XV:

«No puc dormir soleta, no
Què en faré, lassa,
si no em passa?
Tant m'aturmenta l'amor».

La Nova Cançó, hoy convertida en «canción catalana a secas», ha llegado a su mayoría de edad. Ya no es la frágil criatura de otro tiempo. Goza de buena salud. Cantar en catalán ya no es una heroicidad. Es una cosa normal, como respirar o ir a pie. Salvo situaciones imprevisibles que pudieran plantearse por aquello que decía, hace años, el periódico satírico El Be Negre:

«En cas de gran compromís
el consell té atribucions
per passar-se pels faldons
totes les lleis del país»

no parece que su brillante carrera vaya a interrumpirse. Hay incluso, diría yo, una cierta inflación. Hoy en día es difícil ir, por ejemplo, a comer a una casa catalana sin que, a los postres, el padre insista en que escuchemos las «creaciones» de un hijo suyo de doce años, que se acompaña a la guitarra y «promete mucho»:

«Els obrers...
les fàbriques...»

«Es molt fort, té molta intenció», comenta el padre, acariciando el porvenir del chiquillo. Un amigo mío, bromista, dice que se calculan en millón y medio los muchachos y muchachas que amenizan la sobremesa de los domingos en casa de los abuelitos, que es donde almuerzan las familias en los días festivos, mientras no se demuestre lo contrario.

En la Cueva en que el señor Passola, sustituto temporal de San Jorge (q.e.p.d.), guarda celosamente al fiero dragón de la leyenda, se reúne por las noches la gente de orden, la gente de seny (esa gran virtud, hoy saponificada, de la Cataluña histórica). «¿Qué hacéis aquí sentados?», les pregunta a veces Pi de la Serra:

«Què feu aquí asseguts,
escolant com jo canto?»

Ellos no contestan. Pero alguien me ha contado que una noche, no hace mucho tiempo, después de un recital del iconoclasta Pau Riba, zo tal vez era de la irrespetuosa Guillermina?, cuando los solemnes matrimonios vestidos de Licoa iban saliendo del local, al llegar a la escalera que conduce a la calle, tropezó una señora. Tuvo tiempo el marido de sostenerla y, mientras la tranquilizaba, le dijo, cariñoso: «Després d'haber sentit tantes impertinències, només faltaria que calguessis». ■ LUIS CARANDELL

